

L

a Presencia de Descartes

Iván ■ Darío ■ Arango

DESCARTES Y LA FILOSOFÍA

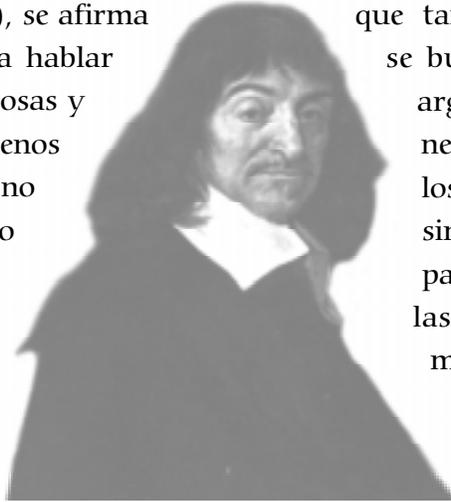
No deja de ser muy extraño que los mismos filósofos, y en ocasiones los profesores de filosofía, se pregunten con curiosidad e insistencia qué es la filosofía y cuál es la naturaleza del pensamiento filosófico. Es francamente muy difícil proponer una definición única de una actividad intelectual que plantea preguntas que tienen que ver con las ciencias y la historia, la política y el derecho, la literatura y los diversos valores de la cultura.

Ahora quisiera solamente considerar algunas ideas de Descartes sobre la filosofía en general: su *Discurso del método*, es un libro muy

Iván Darío Arango. Profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.

singular pues constituye una autobiografía intelectual, y es por lo menos sorprendente que un gran pensador nos relate la historia de su vida espiritual en una obra que es la introducción a tres ensayos científicos. Con Descartes comienza el pensamiento moderno porque a partir de sus obras el problema del conocimiento, de sus condiciones, sus alcances y sus límites, se convierte en el problema fundamental de la filosofía; la filosofía cartesiana es como la antesala de la verdad, decía Leibniz, pero sólo la antesala pues es preciso proseguir más allá.

En el *Discurso del método* (1637), se afirma que la filosofía da medios para hablar con verosimilitud de todas las cosas y para hacerse admirar de los menos sabios. También se afirma que no puede imaginarse nada extraño e increíble que no haya sido dicho por algún filósofo. Se trata de un juicio bastante severo que debe ser entendido teniendo presente su polémica contra la filosofía escolástica. No puede olvidarse que Descartes vivió durante la época de crisis intelectual y espiritual que dió comienzo al pensamiento moderno, la misma de Galileo y Kepler y de los comienzos de la ciencia moderna, pero también la época de una gran influencia del escepticismo. Ante la diversidad de las opiniones y de las costumbres y ante las guerras de religión, Montaigne abandona el mundo exterior y “busca en sí mismo el fundamento de la certeza y los principios firmes del juicio, es decir, del discernimiento de lo verdadero y de lo falso, pero no encuentra nada. Sólo incertidumbre y vacío, sólo la finitud



y la muerte. Los *Ensayos* de Montaigne no son un tratado de la desesperación, son un tratado de la renuncia“

Para responder al escepticismo, Descartes se propone reconstruir la razón teniendo como modelo el conocimiento matemático: el carácter ideal de sus objetos y el orden de sus razonamientos; es un conocimiento ejemplar porque no depende para nada de la experiencia ni de la erudición y sólo depende del ejercicio del entendimiento. Señala que para lograr orden en los razonamientos es preciso distinguir lo más simple de lo más complejo y que tanto frente a una dificultad que se busca resolver como frente a un argumento que se quiere proponer, se requiere definir inicialmente los elementos o las ideas más simples para ir luego como por pasos hacia las proposiciones o las ideas más complejas. La duda metódica es el comienzo de la búsqueda de esos términos o elementos más simples.

En los *Principios de la Filosofía* (1644), considerada su obra más sistemática, Descartes escribe lo siguiente: “*Vivir sin filosofar es como tener los ojos cerrados sin tratar de abrirlos jamás...* puesto que la filosofía se extiende a todo lo que el espíritu humano puede saber, hay que admitir que es lo único que nos distingue de los salvajes y los bárbaros, y que cada nación es tanto más civilizada y culta cuanto mejor filosofan los hombres en ella; y que, por lo tanto, el mayor bien que puede darse en un estado consiste en tener verdaderos filósofos”. Una y otra vez emplea el filósofo las comparaciones del

conocimiento con la visión: la razón es la luz natural y el conocimiento es un ejercicio de separación para distinguir unas cosas de otras, para evitar confundirlas; pero lo primero que es preciso evitar es confundir los conocimientos con los sentimientos. Es innegable que el conocimiento comienza con la curiosidad, que es un sentimiento de admiración, y que sigue con la duda, que es la decisión de no aceptar las primeras ocurrencias o sugerencias; pero lo cierto es que los conocimientos no son el resultado de una revelación sino de una conclusión, a la cual sólo se llega a través de un argumento, es decir de un ordenamiento de las ideas.

Cuando Descartes escribe "Pienso luego existo", no está escribiendo una afirmación separada, que por sí misma es sencillamente banal, sino que la propone en una obra que constituye todo un argumento monumental que busca establecer el valor objetivo de las ideas más abstractas concernientes a los cuerpos materiales y a los fenómenos naturales. Y cuando Rousseau afirma el que "El hombre nace bueno pero la sociedad lo corrompe", no está escribiendo una frase célebre suelta y genial, se trata de una proposición que aparece en todo un argumento explicativo que pretende resolver el problema de la desigualdad entre los hombres.

Para el racionalismo cartesiano "son los sentimientos los que hacen del hombre la más extraordinaria de las excepciones del

universo", pero también son una fuente de error cuando se los proyecta en el objeto de conocimiento como lo hizo la física escolástica al creer que había en la naturaleza algo como las cualidades sensibles o como el esfuerzo que realizamos al levantar un cuerpo pesado cualquiera. Descartes, como después Rousseau, pensó que los sentimientos

son buenos y que son ellos los que nos permiten conservar la vida y vivirla con agrado, ese es su ámbito y no el conocimiento. Con buenos sentimientos, decía Gide, se hace mala literatura y también, podemos agregar nosotros, mala filosofía.

El irracionalismo contemporáneo ha estado inspirado en los mejores sentimientos y sólo ha buscado, de una y otra forma, acercarse a las profundidades de la condición humana, pero en esta búsqueda ha pretendido, alegremente, sostener que los alcances de la razón han llegado a su fin, que la razón no logra aprehender el fondo de las cosas y que los hombres no saben lo que quieren ni lo que dicen, porque hay algo oculto detrás de sus actos y sus opiniones que no se descubre mediante argumentos sino mediante otras formas de conocimiento que han de comenzar con la sospecha, formas éstas de conocimiento que se parecen más a la malicia indígena o a alguna revelación, que al discernimiento o el buen sentido.

Descartes y Kant creyeron que los hombres estaban en la obligación de pensar por sí mismos y de ser responsables de sus actos; con

Con Descartes comienza el pensamiento moderno porque a partir de sus obras el problema del conocimiento, de sus condiciones, sus alcances y sus límites, se convierte en el problema fundamental de la filosofía; la filosofía cartesiana es como la antesala de la verdad, decía Leibniz, pero sólo la antesala pues es preciso proseguir mas allá.

las mejores intenciones se ha querido liberar a los hombres de estas exigencias pero el resultado no ha sido el mejor, como puede verse en la proliferación de toda clase de fanatismos y de supersticiones durante el siglo XX. Sobre la relación del fanatismo con la filosofía, veamos dos opiniones: la primera es de K. Popper quien afirma que “por una u otra razón, algunos filósofos han logrado retener para sí, aun en nuestros días, algo de la atmósfera que rodea a los magos”. La segunda opinión es de I. Berlin quien considera que “cuando las ideas son descuidadas por los que debieran preocuparse de ellas, es decir, por los que han sido educados para pensar críticamente sobre ideas, éstas adquieren a veces un carácter incontrolado y un poder irresistible sobre multitudes de seres humanos que pueden hacerse demasiado violentos para ser afectados por la crítica de la razón”.

...Puesto que la filosofía se extiende a todo lo que el espíritu humano puede saber, hay que admitir que es lo único que nos distingue de los salvajes y los bárbaros, y que cada nación es tanto más civilizada y culta cuanto mejor filosofan los hombres en ella; y que, por lo tanto, el mayor bien que puede darse en un estado consiste en tener verdaderos filósofos”.

Es evidente que sin sentimientos, sin creencias y sin ilusiones nadie puede vivir. Pero el conocimiento exige más, exige atención, y decisión para no aceptar las primeras ocurrencias y las primeras sugerencias y exige valor para crear caminos de pensamiento mas allá de la costumbre y del sentido común. Es cierto que uno no puede pasarse la vida reconsiderando las propias convicciones, pero

también es cierto que, como decía Platón, una vida sin examen no merece vivirse.

Cualquiera podría objetarme que en Descartes el “yo” no es la persona sino el sujeto de conocimiento, es decir el puro entendimiento, común a todos los hombres y capaz de elaborar los conceptos para explicar el orden de la naturaleza: el sujeto, que consigue separarse de la naturaleza para convertirla en mero objeto de conocimiento, para reducirla a elementos intelectuales muy simples con el fin de recomponer o calcular los diferentes movimientos que componen el universo.

Esa es la idea del “yo” que habría sostenido Descartes, quien, según esas interpretaciones, se habría ocupado únicamente del problema del conocimiento y de la ciencia y habría dejado de lado los problemas de la libertad y de la moral. Pero lo anterior es una caricatura de la filosofía del fundador del pensamiento moderno, veamos por qué.

Desde la primera parte del *Discurso del método*, Descartes dice que siempre tuvo un inmenso deseo de aprender a distinguir lo verdadero de lo falso para ver claro en sus acciones y andar con seguridad en esta vida. No hay una separación del conocimiento y la vida en el proyecto de toda su obra, inclusive es muy significativo que en la revisión crítica del estado de las ciencias de su tiempo, la cual aparece también en la primera parte del *Discurso*, se encuentre un párrafo donde el filósofo expresa su admiración por las matemáticas, a causa de la evidencia y del orden de sus razones, al tiempo que afirma que los escritos sobre moral se parecen a

palacios magníficos, pero edificados sobre arena y barro. Allí mismo, dice que esos escritos elevan muy en alto las virtudes, pero que no nos enseñan a conocerlas, indicando que también la moral hace parte de la revisión o del replanteamiento cartesiano del saber.

Ahora es preciso puntualizar que el “yo”, según Descartes, no se reduce al sujeto de conocimiento, sino que integra además al sujeto moral, quien ya no se encuentra frente a la naturaleza sino frente a la dificultad de la vida, que es concebida mediante la imagen de una selva en la tercera parte del *Discurso del método*: una selva, no en el sentido de Hobbes, quien pensaba que la vida era una lucha por la dominación de los demás; no es en ese sentido que el filósofo francés emplea la mencionada imagen, ya que para él no hay una fatalidad en la base de la existencia humana; busca más bien indicar lo difícil que resulta decidir y elegir un camino o un propósito en medio de la urgencia que imponen las ocasiones de la vida, se trata de las dificultades de la libertad, donde nadie puede ser sustituido por otro. Sólo frente a esas dificultades, uno puede estimarse a sí mismo y tener algún mérito.

Si el ejercicio del entendimiento es asunto del “yo”, entendido como sujeto abstracto, y si el conocimiento de la naturaleza puede reducirse a cálculo y a predicción, no puede decirse lo mismo de la libertad, pues sólo un sujeto concreto puede proponerse algo como fin, sólo una persona, puede encontrarse en medio de la vida con sus sentimientos y sus pasiones, que no son ideas claras y distintas, como aquellas que permiten explicar los fenómenos naturales.

Un hombre concreto no es solamente un “ego cogito”, un hombre concreto no puede concebirse sin la unión íntima del cuerpo y del alma, es decir que no se concibe sin los sentimientos que, dentro del cartesianismo, constituyen algo extraordinario pues el entendimiento se representa la materia como extensión y así le resulta inteligible o se representa las diferentes formas puras del pensamiento como dudar, analizar y demostrar; pero la unión del cuerpo y del alma es algo que supera la concepción puramente intelectual, esa es precisamente la esfera de los sentimientos, o el escenario de la libertad, que nada tiene que ver con el mundo material.

La experiencia del conocimiento es central en la filosofía de Descartes, ya que de ella se saca la lección que consiste en trasladar la admiración, que antes de Copérnico nos producía el universo, a otra esfera, bien distinta de la naturaleza, constituida por la libertad humana, la conducción de la vida y de las pasiones, que por sí mismas no son malas: lo malo está en no dirigir las de acuerdo con el juicio, pues las pasiones actúan sobre la imaginación y es allí donde se produce el engaño y la ilusión. En ninguna parte dice Descartes que la voluntad pueda suprimir las pasiones, no podría ser así porque el cuerpo no es ningún estorbo para el filósofo francés. Es forzoso concluir que la filosofía cartesiana ha sido convertida en caricatura para desacreditar la modernidad.

DESCARTES Y LA ILUSTRACIÓN

1. “El buen sentido (o razón) es la cosa mejor repartida del mundo, pues todos piensan que poseen tan buena provisión de él que aun los

más difíciles de contentar en otros asuntos no acostumbran desear más del que ya tienen”.

Con estas palabras comienza Descartes su *Discurso del Método*: se trata sin duda de una ironía, pues aunque el filósofo reconoce que la razón es la capacidad más propia de los hombres, luego agrega que no basta tener un buen entendimiento ya que lo principal es aplicarlo bien, además, insiste en señalar los diferentes obstáculos que impiden ejercitar efectivamente esa capacidad: ante todo los prejuicios, es decir toda una diversidad de opiniones que hemos aceptado como ciertas cuando apenas son dudosas y que dependen más de las costumbres que del uso de la razón.

Aun cuando el filósofo insiste en estos impedimentos, uno puede encontrar que también está convencido de que a través de una buena iniciación al pensamiento todos los hombres pueden juzgar bien y conducir no sólo sus pensamientos sino también sus acciones de una manera racional. Descartes es optimista, pues considera que si uno juzga bien entonces actúa bien y acepta además que existe en el pueblo un sentido de la justicia que puede ser fortalecido mediante la educación.

Pero lo que resulta problemático en el pensamiento cartesiano es su rechazo de todos los conocimientos apenas probables o dudosos para evitar confundirlos con los conocimientos ciertos; en esta catarsis queda incluida la erudición, ya que ésta no requiere sino de la memoria y no es propiamente un ejercicio de la inteligencia, ejercicio éste que proporciona autonomía y es condición del ejercicio de la libertad.

Para Descartes la expresión más natural de la razón se encuentra en las matemáticas y en todas las áreas del conocimiento que pueden ser configuradas a partir de un modelo que define la verdad como evidencia, no como probabilidad, y que establece un orden para los razonamientos según el cual es preciso determinar inicialmente los conocimientos más simples para buscar luego los más complejos.

Las reservas con respecto a la erudición recaen directamente sobre la historia, la cual es considerada como dudosa y desprovista de un método crítico para el establecimiento de los hechos del pasado. En este punto los filósofos de las luces van a apartarse de Descartes.

También la política y la moral están afectadas por la incertidumbre, pero en este caso Descartes concibe una salida provisional hacia la razón cuando afirma: “basta juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor posible para hacer también lo mejor”. En los asuntos prácticos propios de la vida se requiere sólo buen sentido; no absoluta certidumbre como se busca en los problemas teóricos, sino un grado de verosimilitud suficiente para no suspender el juicio indefinidamente y evitar las consecuencias del escepticismo.

2. Racionalismo, optimismo e ingenuidad son los rasgos con los cuales nos hemos acostumbrado a describir el pensamiento del siglo XVIII; nos parece que los Filósofos de la Ilustración sólo perciben un progreso abstracto e imaginario de las ciencias y de las instituciones políticas y que tuvieron una confianza excesiva en la razón; veremos que esta simplificación no es cierta: por ejemplo Voltaire, el rector de la ilustración, criticó el

optimismo en la versión de que “el nuestro es el mejor de los mundos posibles” hasta el punto de considerarlo una doctrina inhumana que impide a los hombres reflexionar sobre su situación en el mundo y comprender que en ellos mismos está el principio de toda solución.

Voltaire creyó como ningún otro pensador en el poder de la razón contra la ignorancia pero no era tan optimista como Descartes pues consideraba que la mayoría de los hombre son incurablemente estúpidos. Los momentos esplendorosos de la humanidad son resultado de esas épocas donde la luz de la razón ha disipado los prejuicios y la superstición; a la historia únicamente le corresponde recordar esos momentos y esas épocas, ya que las guerras y las intrigas son aspectos ordinarios que difícilmente permitirían distinguir una época de otra, en cambio los progresos en las ciencias y en las artes y los cambios en las costumbres sociales y políticas sí son los aspectos distintivos que nos enseñan indirectamente cuáles son nuestros derechos y cuáles nuestros deberes.

Voltaire criticó duramente a Descartes, en sus *Cartas Filosóficas* lo comparó con Locke y Newton, quienes habían escrito sus obras unos cincuenta años después del *Discurso del método* y tuvieron una gran influencia sobre los filósofos de la ilustración francesa a partir de la divulgación sencilla y nada superficial que Voltaire hizo de sus obras. Lo cierto es que las *Cartas Filosóficas* (1734), especialmente las cartas 12, 13 y 14, presentan con burla las ideas cartesianas: la teoría de los torbellinos,

la distinción del cuerpo y el alma y la concepción de las ideas innatas son expuestas de una manera típicamente volteriana, allí la ridiculización acompaña a la razón. Sin embargo al final de la carta 14 escribe: “Descartes devolvió la vista a los ciegos; vieron las faltas de la antigüedad y las tuyas. La carretera que abrió ha llegado a ser, a partir de él, inmensa”.

A mi modo de ver, es más equilibrado el juicio de D’Alembert en su *Discurso preliminar de la enciclopedia*, veamos: “Si Descartes acabó por creer explicarlo todo, al menos comenzó por dudar de todo; y las armas de que nos servimos para combatirlo no dejan de pertenecerle porque las volvemos contra él”. Es

un juicio interesante porque sugiere una distinción entre la doctrina y el método: la doctrina es todo un proyecto de sistematización que busca asimilarlo todo y ofrecer res-

puesta a todo, es lo propio de las ideologías como las entendemos hoy después de Popper; el método es en cambio un vehículo del sentido crítico que es lo más propio del pensamiento filosófico.

También es justo el juicio de D’Alembert a propósito de la teoría cartesiana de los torbellinos, veamos: “Las observaciones astronómicas que han permitido destruir los torbellinos eran todavía imperfectas y poco constatadas; nada era más natural que suponer un fluido que transportase los planetas...”. Ni Huygens ni Leibniz, ambos críticos de Descartes y contemporáneos de Newton, habían encontrado la manera de deshacerse de los torbellinos.

**“Basta juzgar bien para obrar bien,
y juzgar lo mejor posible para hacer
también lo mejor”.**

Los Filósofos del siglo XVIII no tuvieron nostalgia del pasado, como sí la tuvieron los románticos; los ilustrados no estuvieron dispuestos a idealizar las antigüedad griega o latina o la Edad Media; ya Descartes había manifestado antes un desinterés excesivo por los pensadores que lo precedieron.

Condorcet escribió una historia de la razón para justificar su teoría del progreso futuro de la humanidad. Pero lo más importante ahora es señalar que este pensador participó en la revolución francesa y que fue elegido a la asamblea legislativa en septiembre de 1791 donde presentó un "Proyecto de decreto sobre la organización general de la instrucción pública", los días 20 y 21 de abril de 1792. Condorcet pensó que la razón podía ser popular pero que aún no lo era, sostuvo que la república tenía necesidad de la instrucción básica obligatoria para todos los ciudadanos, para que pudieran ejercer su libertad y sus derechos.

Condorcet no creyó que los hombres pudieran ejercer espontáneamente la razón sin necesidad de la instrucción, ni siquiera en los asuntos prácticos y advirtió que de manera inmediata uno sólo percibe su propio interés, y que se requiere de la instrucción para percibir los derechos que tienen los otros y para aceptar los propios deberes.

Ahora bien, la afinidad entre Descartes y Condorcet merece ser destacada: el primero escribió que "cada nación es tanto más civilizada y culta cuanto mejor filosofan en ella los hombres". En sus *Memorias sobre la instrucción pública* (1790), Condorcet desarrolló un punto sobre la unión de la filosofía y la política como una de las primeras ventajas de la reforma

de la instrucción, allí escribe: "No existen, en efecto, sino dos especies de política: la de los filósofos, que se apoya sobre el derecho natural y sobre la razón, y la de los intrigantes, que ellos fundan sobre su interés y que para encontrar crédulos colorean con principios de conveniencia y con pretextos de utilidad".

Las palabras de Condorcet sobre Descartes presentan la mayor objetividad ya que lo compara con Galileo, quien también vivió en la época de los comienzos de la modernidad: ambos estuvieron enfrentados al problema de abrirle paso a la nueva ciencia y a un conjunto de problemas particulares relativos al movimiento de los cuerpos, que resuelven de diferentes maneras y que han atraído la mayor atención de los historiadores del pensamiento.

Veamos ahora mismo las palabras de Condorcet: "... al limitarse exclusivamente a las ciencias matemáticas y físicas, Galileo no acertó a imprimir a los espíritus el movimiento que parecían esperar. Ese honor estaba reservado a Descartes, filósofo de talento y audaz. Dotado de un gran genio para las ciencias, unió el ejemplo al precepto, ofreciendo el método de encontrar y de reconocer la verdad. Agitó los espíritus que la sabiduría de sus rivales no había podido despertar".

Las palabras de Condorcet sobre Descartes presentan la mayor objetividad ya que lo compara con Galileo, quien también vivió en la época de los comienzos de la modernidad: ambos estuvieron enfrentados al problema de abrirle paso a la nueva ciencia y a un conjunto de problemas particulares relativos al movimiento de los cuerpos, que resuelven de diferentes maneras y que han atraído la mayor atención de los historiadores del pensamiento.

3. Para terminar, debo admitir que una buena comprensión de la relación de Descartes con la filosofía de la ilustración sólo puede lograrse si se aclara desde un comienzo la oposición de Newton al gran filósofo francés: esa oposición constituye uno de los capítulos más fascinantes e instructivos de la historia del pensamiento.

A partir de Newton, puede decirse que la razón cambia su forma, pues se hace más flexible frente a los hechos de la experiencia: primero los acepta, y luego busca determinar sus leyes sin tener que fijarlos a esquemas preconcebidos, como ocurría en la física cartesiana. Decir que la razón cambia de forma es decir que el racionalismo se adapta a la complejidad de los hechos, pero sin renunciar para nada al análisis o a la búsqueda de unos elementos o conceptos muy simples, que son simples porque satisfacen las exigencias de la inteligencia y porque permiten luego recomponer los fenómenos o reencontrar lo concreto.

Debo admitir que una buena comprensión de la relación de Descartes con la filosofía de la ilustración sólo puede lograrse si se aclara desde un comienzo la oposición de Newton al gran filósofo francés: esa oposición constituye uno de los capítulos más fascinantes e instructivos de la historia del pensamiento.

El influjo de Newton sobre la ilustración llegó a ser inmenso, tanto como el influjo de Descartes sobre el siglo anterior, y puede decirse que su obra logró crear un estilo de pensamiento a partir del cual diferentes filósofos como Voltaire y Montesquieu o Rousseau y D'Alembert, practicaron el

razonamiento sin tener que pensar en hacer grandes sistemas con pretensiones deductivas; pudieron entonces dedicarse a plantear problemas, preguntas bien concebidas, sobre la autoridad y la libertad, la tolerancia y el derecho, sobre la democracia y la ley: hicieron análisis alrededor de estos asuntos que todavía hoy nos resultan de la mayor utilidad.

¿Se podría acaso concluir que Descartes pasó al museo de la historia del pensamiento? No, no se puede hacer esa afirmación. Aunque es verdad que sus críticos, los empiristas, establecieron límites a la razón, límites que ya el propio Descartes había logrado entrever cuando se trataba del conocimiento de los fenómenos de la naturaleza, pero también cuando se trataba de la acción humana y de la moral.

En la vida del espíritu se encuentran enigmas, y no deja de ser muy sorprendente que las objeciones a algunos conceptos centrales de Newton, hechas por Leibniz, hubieran estado inspiradas en Descartes. Pero más sorprendente es encontrar que Rousseau, en su polémica frente a los materialistas franceses, hubiera empleado la filosofía cartesiana para defender la dignidad del ser humano y para definir las razones de la moralidad, mostrando que el hombre no es un ser más de la naturaleza y que pretender explicar la acción humana como se explican los fenómenos naturales es sencillamente un contrasentido.

Hoy, nosotros vivimos una situación como la que encontró Descartes en su propio tiempo, cuando publicó su celebre *Discurso del método*; en esa época, como ahora, la filosofía se había

convertido en habilidad verbal, en palabrería. El más grande de los méritos del filósofo francés es haber sacado la filosofía de las discusiones bizantinas y haberla puesto en contacto con los problemas de las ciencias y de la cultura, pero sometiendo el pensamiento racional a las exigencias del orden y de la sencillez, las únicas que es preciso cumplir para tener el derecho a pensar y para poder sobreponerse al sopor que producen las palabras vacías.

BIBLIOGRAFÍA

Descartes, René. (1984). Reglas para la dirección del espíritu. Madrid: Alianza Editorial.

_____. (1984). Discurso del método. Madrid: Alianza Editorial.

Arango, I.D. (1992). Descartes según el orden de los problemas. En: Estudios de Filosofía. No. 4, Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Medellín.

_____. (1995). Descartes y la invención del sujeto. En: Estudios de Filosofía. No. 12, Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Medellín.

_____. (1993). El lugar de Descartes en los estudios de koyré. En: Revista Universidad de Antioquia. No. 233. Medellín.